

# Camilo Torres

Por Guillermo Valencia

Cuando se restituyeron a Francia los restos mortales del Emperador, al hacerle su entrega al Soberano, el Príncipe de Joinville le dijo solamente, inclinando la espada hasta el suelo: "Señor, aquí os presento el cuerpo de Napoleón"; "y yo, respondió el Monarca, lo recibo a nombre de la Patria".

¿A qué vanas palabras en tan solemne trance? ¿Qué habrían podido agregar ellas a una gloria sublime que estaba inflamando corazones sin cuento, que vivificaba muchedumbres innúmeras, que infuturaba a un pueblo entero más allá del tiempo y de la muerte; que cifraba en maravilloso grado la milenaria gestación de una raza imperiosa, y dejaba en letra diamantina sobre el muro de lo por venir un nombre augusto, tremendo y sobrehumano?

Fórmula análoga bastarían ahora para entregarle a nombre de la república y recibir gratulatoriamente en el Popayán, este bronce glorificador de Don José Camilo Clemente de Torres y Tenorio, el más espectable de nuestros grandes próceres.

Colombia toda se ha puesto de pie para magnificar al payanés epónimo. El soberano Congreso, el Excelentísimo Señor Presidente de la República, la Corte Suprema de Justicia, las Academias, las Asambleas Departamentales, los Gobernadores, las Provincias, la noble Bogotá, el cuerpo edilicio de la Nación, los grandes diarios, las pluralidad de gremios y corporaciones, todos a porfía quieren decir con un gajo siquiera, lo espontáneo y sincero del homenaje tributado a este Padre de la Patria grande (la sagrada, la intangible, la inconsútil, la única), y Padre a quien debemos muchas horas de elación indefinible e inexpressable reconocimiento.

En un estudio completo puntualizaría el biógrafo lo que Torres debiera a la influencia atávica y al medio doméstico y social en

---

NOTA.—Al cumplirse el segundo centenario desde el natalicio del grande conductor colombiano, nos honramos en reproducir este admirable discurso del poeta payanés como homenaje a la memoria de Torres que pervive en el alma nacional para gloria y testimonio de la historia patria.

que corrieron sus primeros años; escudriñaría la orientación espiritual que recibió de sus maestros payaneses y de sus lecturas favoritas; registraría, con precisión indiscutible, sus grandes pasos en la ciencia; rastrearía el óleo santo que puso en su cabeza aquella almáciga de héroes y sabios que todos veneramos en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; estudiaría línea a línea sus grandes oraciones forenses; ensalzaría sus preeminencias, su vasto intelecto hospitalario y ávido, su pericia literaria, la prestancia de su ser moral, su ingenuo corazón, su gusto por la caza, sus servicios insignes a la Patria, en fin, cuanto constituye para la historia la existencia de un hombre meritorio. Y todo ello serviría de marco prolijamente labrado para relieves la figura de Torres; mas en este día cumple solamente motivar la apoteosis; preguntarle al pasado si el compatriota que estamos celebrando merece presidirnos desde aquel arduo pedestal: inquirir si somos dignos de verlo con nosotros; si su mudez sublime no nos dicta ninguna enseñanza ni a empresa alguna nos convida.

Contemporáneos tuvo Torres, eminentísimos; compañeros insignes en labores forenses; clarísimos colegas en las ciencias jurídicas; camaradas egregios entre las tormentas civiles de esos tiempos; y sin embargo, aquel hombre, como el Agamenón de Homero, sobresale entre próceres "cual el toro majestuoso en medio de la vacada".

Para celebrarlo aquí imitemos a la inmortalidad, que, muda ante el proceso preparador, sólo consigna el resultado heroico o feliz. No gusta ella de análisis sino de la síntesis, y fortuna y gloria, que la sirven, marchan en pos suya pisando de cima en cima, de montaña a montaña.

De la pirámide bibliográfica en que gastó la existencia un sabio de primer orden, sálvanse apenas breves páginas; del poema en que palpita el más intenso ritmo de una vida, perdura un verso únicamente. A un cerebro genial sólo escudan leves instantes de divina fecundidad: cuando llegan en forma propicia a llamar a la puerta de un grande hombre, traen para el venturoso el signo de lo eterno, lo marcan como predestinado, lo preservan del corruptor olvido y lo entregan a la posteridad ceñido como los vencedores.

Tres momentos supremos, ápice de inaccesibles alturas espirituales, le granjearon la inmortalidad a Don Camilo Torres; tres estados de alma que corresponden al Memorial de Agravios, al discurso de Tunja para el General Simón Bolívar, y a la trágica mañana del 5 de octubre de 1816; y aquellos tres instantes, en la vida del prócer, fueron como semillas en que se contenía el baobab gigantesco de la libertad del Nuevo Mundo.

Fuera sin duda Torres, en todo el Continente americano, uno de los que mejor apreciaron la situación política de España; de los que supieron discernir, en toda su complejidad, el problema de la emancipación; de los que más cabalmente estimaron la realidad y con mayor eficacia aprovecharon el momento histórico; de los que, finalmente, con mayor claridad, audacia y rudeza, proclamaron y sostuvieron la separación absoluta de la Madre Patria.

Las ideas libertarias, puestas en boga en Francia y consagra-

das por la revolución norteamericana, eran ejemplo asaz palpitante para que no se aprovechase por las colonias irredentas.

Parece indudable que la Monarquía española no estuvo a la altura de las circunstancias en los comienzos del siglo XIX. Un falso concepto de la realidad ambiente motivó su fracaso, como ocurriera dos lustros antes con la dinastía borbónica de Francia. Ante el conflicto napoleónico, mostróse grande y heroica la Nación Española, a pesar de su gobierno inepto y corrompido. De fuerza trascendió hasta América la deficiencia directiva. La falta absoluta de tacto con que se trataron las cuestiones políticas nuestras; las abominables exacciones; el creciente, inmoderado recargo en los impuestos; la felonía con que se violaron solemnísimos pactos, como fue el caso de los Comuneros; la represión cada vez más cruel de toda protesta contra la injusticia; los procesos ruidosos terminados con penas desproporcionadas para simples lecturas o traducciones de escritos universalmente conocidos; la proscripción de ciertos estudios, como el Derecho de Gentes y algunas historias extranjeras de la Conquista; el desdén oficial con que se trató siempre a los españoles americanos; la impericia de que dieron muestra los gobiernos locales en la solución de los conflictos diversos que por aquel entonces se presentaron en las dependencias españolas, fueron las causas próximas de nuestra revolución emancipadora.

Comisionado Torres para redactar una exposición de motivos en que se reclamase del Consejo de Regencia la igualdad de diputación de las colonias americanas con las provincias españolas, elaboró aquella pieza inmortal, confirmada con el nombre de **Memorial de Agravios**, y que fue, a no dudarlo, el primer documento panamericano en el sentido que hoy se atribuye a esta palabra. No sabe uno qué admirar más en aquellas cláusulas de corte clásico, que recuerdan la majestad exuberante de Marco Tulio: si la habilidad del político o la ciencia del historiador; si la documentación del estadista o la excelsitud del filósofo; si la exposición del profesor o la solidez del jurisperito; si la diaphanidad y gentileza del estilo o lo profundo del concepto; si la cortesía en las palabras o la dignidad del reclamo; si la sutileza para sugerir o la energía para impugnar; si el respeto por la tradición, en lo que tenía de bella y justa, o el tenue relampaguear del patriotismo, del entusiasmo y de la cólera, constreñidos por las circunstancias.

Hoy que todo pasó, no acertamos a darnos cabal cuenta de lo que significaba entonces un rasgo de esa clase. Frescas estaban todavía las cabezas del cadete Rosillo y de Cadena pregonando desde escarpas cómo terminaba por aquellos días un simple ademán de rebelión. Recordad que había libros de lectura prohibida bajo la pena de muerte; que tres siglos de obediencia habían casi anulado el instinto biológico de la libertad individual; que las ideas avanzadas eran patrimonio exclusivo de un grupo pequeñísimo de hombres cultivados; que Torres —quien por su parte había renunciado gustoso todas las preeminencias con que le brindaron los funcionarios españoles, a trueque de un amplio permiso para leer libros vedados— figuraba en primera línea entre los súbditos sospechosos; había sido pesquisado y se le vigilaba mañosa y tenazmente. A nadie se ocultaba lo arduo de la em-

presa ni los peligros que traería la revaluación de aquellas tablas viejas y apolilladas.

Mas, ¿qué podían tamañas cortapisas ante el valor civil del payanés integérrimo? Como se tratase de un alegato en favor de la equidad, mostróse Torres, en el Memorial, serenamente justiciero; recordó con orgullo y reconocimiento su ascendencia hispánica y cuanto a buen fuero se debía a la Madre Patria: "Somos hijos, escribe, somos descendientes de los que han derramado su sangre por adquirir estos nuevos dominios a la Corona de España; de los que han extendido sus límites y le han dado en la balanza política de Europa una representación que por sí sola no podía tener. Los naturales conquistados y sujetos hoy al dominio español, son muy pocos o son nada, en comparación de los hijos de europeos que hoy pueblan estas ricas posesiones... Tan españoles somos como los descendientes de Don Pelayo, y tan acreedores, por esta razón, a las distinciones, privilegios y prerrogativas del resto de la nación, como los que salidos de las montañas expelieron a los moros y poblaron sucesivamente la Península; con esta diferencia, si hay alguna, que nuestros padres, por medio de indecibles trabajos y fatigas, descubrieron, conquistaron y poblaron para España este Nuevo Mundo".

Adelante expone: "Doce millones de hombres con distintas necesidades, en distintas circunstancias, bajo diversos climas y con diversos intereses, necesitan de distintas leyes. Vosotros no las podéis hacer; nosotros nos las debemos dar". Y entre aquella apretada cadena de razonamientos y pruebas ordenados con lógica inflexible en que se debatiera nada menos que la filosofía de nuestra historia, y previamente se justificaba, ante la razón universal, el santo impulso que nos granjeó la independencia, fulminaba Torres sus frases aceradas, de una acritud insólita, que traen a nuestra memoria el recuerdo de Lope de Aguirre diciéndole, en inolvidables letras, crudas veras amargas a la Corona de Castilla.

"¿De dónde han venido, decía Torres, los males de España sino de la absoluta arbitrariedad de los que mandan? ¿Hasta cuándo se nos querrá tener como manadas de ovejas al arbitrio de mercenarios que en la lejanía del pastor puedan volverse lobos? ¿No se oirán jamás las quejas del pueblo? ¿No se le dará gusto en nada? ¿No tendrá el menor influjo en el Gobierno, para que así lo devoren impunemente sus sátrapas como talvez ha sucedido hasta aquí? Si la presente catástrofe no nos hace prudentes y cautos, ¿cuándo lo seremos? ¿Cuando el mal no tenga remedio? ¿Cuando los pueblos cansados de opresión no quieran sufrir el yugo?". Y concluía: "Quiera el Cielo que otras ideas y otros principios menos liberales no produzcan los funestos efectos de una separación eterna".

Esa representación del Cabildo de Santa Fe a la Suprema Junta Central de España causó impresión profunda en el gobierno colonial. Prohibióse su publicación y hasta que circulara manuscrita. En el impercedero alegato, que bien pudo suscribirse por millones de hombres del uno al otro extremo continental, revelóse por modo sublime ante la Patria estupefacta la importancia de Torres como alma y verbo de la revolución que fermentaba. En íntimo documento posterior fue su opinión más radicalmente decisiva. El 29 de mayo de 1810 escribió al

Oidor en Quito, Don Ignacio Tenorio, su tío: “No hay remedio. Los Reinos y Provincias que componen estos vastos dominios son libres e independientes y ellos no pueden ni deben reconocer otro gobierno ni otros gobernantes que los que los mismos Reinos y Provincias se den libre y espontáneamente según sus necesidades, sus deseos, su situación, sus miras políticas, sus grandes intereses y según el genio, carácter y costumbres de sus habitantes”.

He aquí sintetizado, señores, todo el programa político de la emancipación. Realizar esta fórmula, que hoy nos parece tan natural y sencilla, costará la vida a óptimos hijos de América; suscitará heroísmos que lindan con lo inverosímil; sembrará de luto, de lágrimas y sangre, la vasta tierra colombiana.

Llega el movimiento del 20 de julio, suspirado, previsto, hábilmente preparado y puesto en planta con decisión inquebrantable. Naturalmente Don Camilo Torres estaba entre los promotores. Aquella noche memorable dejóse oír en forma tan grandiosa, que da testimonio todavía para nosotros el asombro de sus contemporáneos. En esa hora de tormenta no solamente fue el orador inflamado que concertaba muchedumbres y las movía a su querer para la seguridad común; era también el hábil político que asociaba al virrey en aquel plan osado y trascendente. Amar esquivó la connivencia, y días después partió desterrado para la Península.

Desde entonces la república no conspiró a la sombra sino que actuó valientemente bajo la clara luz de Dios. Torres era el eje de una pléyade de varones meritísimos a quienes dominaba por sus cualidades de excepción. Todos sus compañeros completábanse en él; y si por ciertos respectos le superaba alguno, nadie seguramente le aventajó en presencia de ánimo, en capacidad gubernativa, en constancia ni en clarividencia.

Dividida desgraciadamente la Nación entre centralistas y federalistas, encargóse Torres del poder a nombre de éstos, desde 1812 hasta 1814.

Del año 10 hasta el de 15 estuvo vigorosamente influida por él la vida política del país, y entre errores y tropiezos echáronse en aquel lustro los cimientos de la Patria futura. Única compensación de ese ciclo angustioso fue para Torres y sus compañeros el buen éxito que cobraron las armas republicanas en más de un campo, bajo su dirección de patricios, si algunas veces inexpertos, siempre esforzados y generosos.

Energía, serenidad y constancia, que fueron cualidades características de Torres, resplandecen en todos sus actos públicos. A la petición de auxilios hecha en noviembre de 1812 por el Coronel Simón Bolívar para libertar a Venezuela, responde Torres en forma brillante y efusiva. En su férvida proclama a los venezolanos fue el terrible consejo: “Sacrificad a cuantos se opongan a la libertad”. Un mes más tarde, el Brigadier de la Unión, General en Jefe del Ejército del Norte y Libertador de Venezuela, Simón Bolívar, desde el cuartel general de Trujillo proclamaba la guerra a muerte, el año III de la Independencia.

Si ocupó Torres puesto eminentísimo en todas las labores que prepararon, iniciaron y cimentaron nuestra primera organización en for-

ma independiente, cupo a él sólo la envidiable gloria de haber adivinado el futuro Libertador de América y sostenídotlo noblemente en sus primeras armas. Al clamoroso llamamiento de Venezuela respondió generosamente nuestro país, y por manera tan eficaz y constante, que la ingratitud de los hombres no ha conseguido oscurecerla. Cuando el joven héroe se acercaba a la ciudad de Tunja a excusarse ante el Congreso, de los reveses sufridos en la campaña de Venezuela el año de 1813, adelantósele Torres a galardonarlo, y cuando ya en la barra de la Asamblea comienza Bolívar la relación del gran desastre, interrúmpelo el Presidente con estas tres frases proféticas que tienen la brillantez, la cohesión y la belleza de un diamante rarísimo: "General: vuestra Patria no ha muerto mientras exista vuestra espada: con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre".

Graduad si podéis la trascendencia de estas palabras proferidas en aquellas circunstancias adversas como un premio al esfuerzo desafortunado; decid si tal conducta estaba autorizada por los hábitos de nuestra raza, que sabe distinguir tan poco entre el éxito y el mérito; calculad la sorpresa que causaría en los oídos vulgares aquel inusitado apóstrofe; evccad la solemnidad del momento: de un lado Torres, en la serena majestad de su sabiduría, altivo, taciturno y grave; a su frente Bolívar, febrilmente impetuoso, con sus ojos de ave de rapiña; rebusad aquellos dos instantes psíquicos: la fe en el porvenir que desborda del alma del vidente, y la potencialidad creadora que empieza a despertar en el corazón del héroe. Aquellas breves líneas fueron a modo de un esquema divino en que quedó sumariamente trazado el futuro del Libertador.

Ciclones devastadores de Boves y Morales, de Monteverde y de Morillo; serie ininterrumpida de flagelos y desastres; asesinos puñales, traiciones y desfallecimientos; destierros y calumnias; ingraticudes e infamias, nada podrán contra Bolívar. Cuando se ausenta de la Patria parece que la libertad se ha eclipsado. Se le combate, se le envidia, se le obliga, se le persigue, se le acecha, se le calumnia, se le infama... pero se le espera. Y cuando él reaparece, renace la alegría. El es el nuevo arcángel de la esperanza.

"La revolución es Bolívar", decía Morillo. En los días más aciagos del año 12, a raíz de la traición de Miranda; tras la derrota de La Puerta en el de 14; en su voluntario ostracismo en Jamaica; por sobre los horrores del ejército expedicionario del futuro Conde de Cartagena; entre la anarquía del año 17 y el indecible desconsuelo del fatídico año 18, todo patriota grita al Libertador desde el fondo de su corazón: "Nuestra Patria no ha muerto mientras exista vuestra espada".

Años más tarde, cinco mágicos nombres: **Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho** ratifican para todos los siglos el cumplimiento de la profecía. La espada de Bolívar había rescatado más de una patria del dominio de sus opresores.

Desgraciadamente, Camilo Torres no existía ya. Hizo parte del sagrado grupo de mártires que dieron testimonio con su propio sangre para enseñarnos que "la sangre es espíritu". El relato de su supli-

cio es horripilante. Arcabuceado primeramente, suspendido después de una horca y descuartizado luego para sembrar de espanto con su enorme cabeza crisostómica y sus recios miembros atléticos los caminos infaustamente reales, perdió la vida con la misma serenidad con que había ayudado a dársela a la república. Honrados fueron padeciendo el suplicio con él, Don Manuel Rodríguez Torices, ex-Presidente de la República, Don José María Dávila, miembro del Congreso, y Don Pedro Felipe Valencia, de atavismo payanés también. Nada lograron empeños para arrebatarle al cadalso a aquel varón insigne. Denegóse agriamente el Pacificador ante el hidalgo peninsular que le ofreciera como rescate, en oro fino, lo que pesara la hercúlea figura del tribuno, y se excusó en buena hora ignorando que aquella víctima estaba destinada a la inmortalidad, que no gusta de rescatar con el oro sino con el bronce.

Cuán amargas y crudelísimas debieron de ser las postrimerías de todos los sacrificados por la furia pacificadora. Vencido Napoleón el año anterior; restablecida la monarquía española y con ella un régimen de terror que irradiaba desde la metrópoli matritense hasta las más apartadas colonias; dispersos y sin medios casi los soldados de la república, hostigados por todas partes, sin cohesión ni apoyo, parecía perdido para siempre el fruto de tantos desvelos. Mas ya el estado espiritual de nuestros compatriotas era muy otro: cinco años corridos desde la proclamación de julio, las ideas de libertad habían logrado calar en las masas; despertaba el pueblo a la vida del derecho, y la persecución sistemática que tan fervorosamente recommenzó por todas partes era la mejor garantía de un triunfo más o menos remoto, pero cierto; de un resurgimiento más o menos tardío, que era al propio tiempo el único consuelo de aquellas almas atribuladas ante quienes se alzaba el patíbulo como la meta postrera de una jornada azarosísima. Leve fue, a no dudarlo, esa compensación ante tan hosco desamparo. No es audacia afirmar que en el espíritu de Torres ardiera hasta el último instante su fe profética en el Mesías republicano; que la figura de Bolívar cruzara como cometa que fuese al mismo tiempo una espada flamígera, por el nublado horizonte de su pensamiento. Un año antes le había escrito: "Jamás dudé un momento de que Vuestra Excelencia era el Libertador que la Providencia destinaba a Colombia. Perdida nuevamente Venezuela, creí que ella existía en el General Bolívar, sentimiento que no perderé mientras viva".

La lucha continuó y el insuperable hijo de Caracas prosiguió a su turno, sin desmayar un instante, la labor que habían truncado tantas adversidades. Tras el estado caótico que sucedió al año de 1816; en medio de los indecibles quebrantos del 17, sigue el Libertador vivificándolo todo, reconstruyendo con los dispersos fragmentos de la república, furiosamente aventados por la fatalidad, la incommovible pirámide de su resistencia, que era al propio tiempo monumento alzado a su victoria. Y amaneció...

Ni las dianas de Boyacá, ni el delirio que siguió a Carabobo, ni el entusiasmo de Pichincha, ni la embriaguez de Junín, ni el desbordamiento dionisiaco tras la jornada de Ayacucho, borrarón de la memoria de Bolívar la imagen del magnánimo prócer de cuya viuda se

acordó munificamente a raíz de su postrer victoria, después de apellidar a Torres "el más respetable ciudadano de la antigua república de la Nueva Granada".

Y ¿qué mucho si todavía al presente continúa siendo él lazo de unión histórico entre las dos repúblicas hermanas que en los días de sus mayores peligros supieron "ignorar estas dos palabras de tuyo y mio?".

Aun antes que su propio suelo, levantó Caracas la estatua de Camilo, bien así como nuestra capital, donde enguirnalda perennemente la gratitud, al Padre de la Patria y al más gallardo de los Mariscales.

Este canje de ritos memoriosos debe garantizar perpetuamente un futuro de fraternidad: el corazón de Girardot, ¡oh venezolanos!, es el propio corazón de Colombia que sigue palpitando por vosotros! En la Patria de Bolívar y de Camilo Torres siempre habrá campo bastante para estrecharnos como hermanos. . .

He aquí al hombre que escribió el **Memorial de Agravios**, extracto comprensivo del proceso admirable de la emancipación americana; al profetizador del genio de América, de quien dijo Martí "que recorrió más tierras con las banderas de la redención que ningún conquistador con las de la tiranía"; he aquí al mártir voluntario que después de haber sacrificado a nuestro bienestar cuanto poseía, perdió su libertad y su vida a trueque de las nuestras.

Tardíamente ha llegado para él este material tributo del reconocimiento, aunque en verdad no existe nombre alguno en los anales patrios que haya recibido más fervoroso culto ni haya sido pronunciado nunca con más religioso respeto, como si para memoria suya, conforme a la admonición isocrática, nos bastase, más que la imagen corporal, la imagen de su virtud eximia. Y viene en hora propicia, cuando probamos infirmar la amarga queja del Padre de la Patria: "La independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás".

Lo que maravilla, estudiando a Torres, es su inalterable magnanimidad en medio del conflicto. Fue el más audaz entre los pensadores; el más osado de los innovadores, el más enérgico de los conductores y el más generoso de los adversarios. Vísperas de su muerte escribió esta verdad: "A nadie le he hecho mal, y antes sí todo el bien posible, como lo depondrán muchos, aunque en los gobiernos es tan fácil adquirir enemigos".

No obstante la rudeza de tan bravas luchas, su decorosa toga sólo aparece manchada con la propia sangre del patricio. Si la soberana elocuencia lo equipara a los mejores tribunos de la Gironda, exáltalo su piedad compasiva sobre casi todos aquellos medrosos regicidas.

El feliz artífice le ha sorprendido en el preciso momento oratorio. Es Torres comentando el **Memorial de Agravios**, o inflamando a la multitud desde el Cabildo abierto. Advertit la soberbia majestad que fluye de toda su figura. Si la toga ceremonial de pliegues clásicos que descenden en elegantísima y dilatada cauda, con su amplia esclavina, vueltas de velludo y sus mangas orladas de vuelillos, reivindican para su Patria y su tiempo esa digna apostura; la severidad y nobleza del gesto lo retrotraen a las edades antiguas y a los días mejores del Agora y el Foro. Más bien que un hombre nuestro, semeja un padre altivo



de la segunda república romana; tiene una majestad... senatorial, y nos parece oír su oración vehementísima: ¡Qué gravedad de sentencias aquella! ¡qué verdad de palabras! ¡qué firmeza en la voz! ¡qué seguridad en el semblante! ¡qué fe en los ojos y en el rostro!; y finalmente, ¡qué alteza en todo el cuerpo!

Cultivó el estudio de la jurisprudencia latina, según asientan sus biógrafos, y las oraciones de Marco Tulio fuéronle siempre lectura predilecta. Para Caycedo y Cuero, su contemporáneo, era Torres un romano, y se le nombraba vulgarmente el Catón granadino.

Contemplad aquella frente musculosa y amplia; ese fruncimiento del ceño, de donde las arqueadas cejas se desprenden como dos relámpagos; la penetrante intensidad de aquellos ojos que sondan la incertidumbre del futuro; la nariz aquilina; la boca grande, carnosa y soberbia, apta por su tamaño, como la del tritón, para lanzar inagotablemente cascadas de palabras; la barba huesosa y pujante, recio cimiento de energía que enmarca sobriamente la faz glabra y proconsular; y ese brazo de puño vengador que parece acariciar el puñal invisible de los Idus de Marzo; ese brazo que expresa en su ademán toda la fuerza de la revolución, la energía contenida que estallará algún día, el músculo cohibido "que en su distensión mata", la virtualidad genitoria que sacará de la nada la libertad de un continente.

Así premia la gloria a quienes consiguen conquistarla. ¡Oh, cuán lejos estuvo de pensar el feroz caudillo que ordenó descuartizarlo y esparcir sus miembros por aquella ciudad maravillosa que le dio alas a su genio, que en no remoto día la Patria agradecida haría maternalmente, por mano de un genial estatuario, la síntesis reparadora del mártir destrozado!

Popayán se enorgullece de haberle dado la vida, de saber que esa sangre patricia corre todavía por las venas de su procerca familia, en doble rama: la de Arboleda Torres y la de Torres Caldas; de haber nutrido juvenil espíritu con la culta enseñanza de maestros doctísimos; de ver inscritos en el áureo libro, al lado del de Don Camilo, los nombres de dos ilustres, eminentes y esforzadísimos varones, gala de la República, honra de la ciudadanía, prez y ornato de las faenas civiles: Don Jerónimo y Don Ignacio de Torres y Tenorio, hermanos también de nuestro prócer.

Pensad ahora, ciudadanos, si somos dignos de custodiar nosotros la imagen veneranda del gran Torres. Desde este sacro asiento presidirá de hoy más nuestra existencia cívica; y si es verdad que un campo más espacioso, a él exclusivamente consagrado, cuadraría mejor a su decoro y grandeza, no lo es menos que su presencia en este sitio será altamente saludable.

Respaldado por la imprenta, a la que él nombrara "vehículo de las luces y el conductor más seguro que puede difundirlas", será para los escritores cabal dechado de energía, de prudencia, de tolerancia y de cultura. Cuantos pasen a orar recordarán en él que, unidas, anduvieron siempre la Religión y la Patria, a quienes sirvió Torres hasta el postrer instante con la ilustrada fe del teólogo, con el fervor envidiable del que se sacrifica por el bien común.

Mandatarios que paséis cotidianamente delante de la estatua a dirigir pueblos desde el solio: imitad a Torres en la ecuanimidad, en la decisión, en la perseverancia, en el desprendimiento. Magistrados que aplicáis las leyes: no olvidéis un punto de integridad de aquel Asesor del Cabildo de Santa Fe. Modelo de abogados, cuantos comparecéis en el foro tendréis virtudes óptimas que imitar de él: la probidad sin tacha, el concienzudo estudio, la incansable labor, la generosidad caballeresca. “Multiplicadas demandas, artículos innumerables, recíprocos insultos y recriminaciones, injurias, perjurios, suplantaciones, y todo cuanto ha podido inventar la codicia litigiosa, y la superchería curial en menoscabo de la verdad”, parad y torced del camino, que aquí se encuentra Torres!

Recordemos, en fin, todos, que Popayán fue saludada en 1829 por Don Lino de Pombo con el glorioso título de “país de la libertad y de la tolerancia”.

Rememorad, caucanos, que este prócer es vuestro, entre el inagotable catálogo de nuestros eximios servidores patrios; recordad que el 7 de noviembre de 1819 se dirigió el Libertador desde Pamplona a nuestros padres diciéndoles: “Ilustres hijos del Cauca: las armas de la libertad que han redimido las más florecientes Provincias de Colombia, han dado a vuestro valor el impulso que deseabais. Vuestras manos han roto sus cadenas; vuestros grillos han pasado a los pies de vuestros enemigos. Siempre seréis libres, porque queréis serlo. El pueblo que combate al fin triunfa. Al llegar nuestros soldados a vuestros floridos valles se han encontrado con el día de la libertad. La república, pues, os debe vuestro beneficio; y yo os debo la justicia de titularos los beneméritos de la Nueva Granada. Yo iré a visitar los hogares preferidos de la Patria. Os hablo del Cauca”.

Meditad bien en que estas palabras, premio a la virtud de nuestros mayores, son un compromiso para sus descendientes. Mas no desconfiemos, que entre nosotros se irgue ya un fiel garante de grandezas.

¡Alma de Torres, alúmbranos!  
¡Martirio de Torres, confórtanos!  
¡Virtud de Torres, inspíranos!  
¡Verbo de Torres, muévenos!  
¡Gloria de Torres, alientános!  
¡Sangre de Torres, sálvanos!